

Páginas de comedia

ESCENA VIII

CARRASCO — CARLUCHO

(Carrasco, hombre que en este año de desgracia ha de tener hasta 45 años, goza, entre sus amigos más jóvenes, de un gran ascendiente espiritual por la rectitud de su vida y la valentía de sus opiniones. Ha sido llamado por Carlucho, sujeto de una sensibilidad casi morbosa, buena cabeza y mejor corazón, para que lo asesore en un trance crítico de su vida. Al entrar Carrasco en el despacho de Carlucho, acaba de retirarse una dama, de la cual no es menester decir palabra porque nada tiene que ver con la escena que aquí se transcribe, para contento de unos y descontento de otros.)

CARRASCO. — Buen día. *(Se repantiga en un sillón.)* Vamos, hombre, no salgo de mi asombro. Me llamabas con una urgencia que por un momento me creí Asistencia Pública o Cuerpo de Bomberos. Y cuando esperaba verte apoltronado, con la mirada fija en el suelo, el puño sobre la sien, *(adopta un momento esta postura)*, cavilando sobre tu terrible “conflicto moral”, te encuentro en amable palique con una dama.

CARLUCHO. — Carrasco, te ruego que no sigas en ese tono. Quiero verte serio. El asunto lo exige. Por lo menos, a mí me parece que lo exige: se trata del derrumbe de toda mi existencia... *(Cierra los ojos haciendo una mucca de angustia.)*

CARR. — Seguramente exageras.

CARL. — Estoy, Carrasco, enfermo, irreparablemente enfermo.

CARR. — Irreparablemente... ¿es posible?

CARL. — ¡Tan posible! Mírame la cara. Parezo un espectro, ¿verdad?

CARR. — Un poco de anemia, nada más.

CARL.—Algo más que anemia. Esta mañana me hice ver por el doctor Fernández. Y adiviné, a través de su reserva, el diagnóstico grave. Me dijo que era un principio de consunción. Que abandonara en seguida los libros y todas mis tareas. Y que me fuera a las sierras de Córdoba. Y que en las sierras hiciera vida rústica, lo más rústica posible...
(Pausa.) Yo creo que estoy perdido. No quiero hacerme ilusiones. ¡Sierras de Córdoba!... Eso me está revelando que mi consunción es tuberculosa.

CARR.—No hay que asustarse antes de tiempo.

CARL.—Sí no me asusto. No me creas tan cobarde. Lo siento, sí, pero no lo siento por mí. Tanto, que si fuera solo en el mundo tal vez ni luchara contra mi mal. Me dejaría extinguir como una vela que va consumiendo su propia sustancia. Pero hay dos grandes amores que me hacen insupportable la partida. Y que me dan ansias de vivir, ansias de naufrago... Son el amor de mi madre y el amor de mi novia. (Sollozante.) ¡Pobre vieja, pobre vieja!

CARR.—Tú siempre el mismo. Siempre atormentado por tu sensibilidad enfermiza. Sufres tus propios males y sufres los males de los otros. Vamos, seca esas lágrimas femeninas. Los hombres no deben llorar. Y si lloran alguna vez, deben hacerlo para adentro. Tú piensas con el corazón: he ahí tu desgracia. En tí, las ideas son un juguete del corazón, en lugar de ser el corazón un siervo de las ideas.

CARL.—¡Ah, qué fácil es predicar en frío!... ¿Qué pueden las pobres ideas cuando el corazón se ha convertido en un infierno?... Yo siento que esta caída de mi organismo envuelve la renuncia de María Elena, la pérdida del más puro de los amores... ¿Qué ideas van a consolarme de esta pérdida? (Sollozante.) ¡Renunciar a María Elena... Dios mío... eso es superior a mis fuerzas!

CARR.—Sin embargo, la cosa no tiene vuelta. Tú deber sería ese: renunciar a María Elena.

CARL.—¡Renunciar!... Tú, también, Carrasco...

CARR.—¿Qué protestas? Tú mismo lo has insinuado hace un momento.

CARL.—Sí, pero en los labios de otro esa frase me duele como una puñalada... (Pausa.) Sin embargo, tienes razón: de-

bo renunciar a María Elena. No hacerlo, sería una vileza de mi parte. Linda, joven, sana... tiene todos los derechos de gozar de la vida. Y conmigo, ¡pobrecita!... No. Yo no quiero ser la piedra de su camino... Si tengo que morir, me apartaré a un rincón, donde nadie me vea, como los perros enfermos...

CARR.—¿Quién habla de morir cuando tiene el remedio al alcance de la mano? Tú tienes que curarte dos cosas: el cuerpo y el alma. La naturaleza puede curarte el cuerpo. Y la voluntad puede curarte el alma. Nada hay más grande bajo el sol que la voluntad humana. Cultiva esa magnífica fuerza y verás cómo, con su auxilio, tu pasión amorosa se irá achicando y achicando hasta terminar en una dulce amistad.

CARL.—Ah, no. Yo no creo en lo último. La voluntad no puede nada contra el amor.

CARR.—Palabras y palabras. Vivimos enredados en las palabras. El amor no es más que una palabra. El amor, propiamente, no existe. Lo que hay es una serie de estados, de estados amorosos, más o menos intensos que se van sucediendo, casi siempre entre vacíos de olvido y de indiferencia. Por eso, puede decirse que el amor nace, muere y renace todos los días. Y bien, esos estados amorosos, como todos los estados afectivos, pueden ser dominados en los hombres que viven más con la cabeza que con su bajo organismo. Y para vivir con la cabeza hay que empezar por no dar tanta importancia a las mujeres, ni a ninguna cosa capaz de conturbar el equilibrio de nuestro espíritu. Y hacerse a la idea de que no existe en el mundo nada que merezca una lágrima. (*Pausa.*) Conviene tener como aspiración la de superarse a sí mismo. Y para superarse, no hay mejor camino que intelectualizar la vida y moralizarla viviendo de acuerdo con los imperativos del deber. De esta manera, se llega poco a poco a conquistar el reino de la serenidad interior que es el reino de la felicidad espiritual. La gente inferior, que es casi toda la gente, vive por debajo de este alto plano y, por eso, se roe y se carcome a sí misma, esclava de sus pasiones: la pasión del dinero, la pasión del amor, la pasión del renombre...

CARL.—Todo eso está muy bien, Carraseo. Pero sólo es aplicable a los seres superiores. No a mí, que me reconozco inferior, porque siento que todas las filosofías del mundo no me van a compensar la pérdida irremediable de María Elena.

CARR.—Entonces, cástate con ella. Mis consejos están de sobra. Al fin, no harías más que lo que hace todo el mundo: se casan los parásitos, los viejos, los crapulosos... Bien puedes tú... Pero todo eso revela una falta absoluta de sentido moral. No se piensa ni un segundo en la esposa-víctima, ni en que los hijos puedan nacer con sangre podrida en las venas.

CARL.—Tienes razón. Todo eso es egoísmo y villanía. Todo eso me repugna. Yo no soy, es cierto, ni crapuloso, ni viejo, ni parásito, pero soy un enfermo. Y eso basta. Tienes razón, no puede ser... Mi casamiento en las actuales circunstancias sería una bajeza que no me perdonaría nunca, nunca... (*Silencio. Luego, como resultado de su dialéctica interna:*) Sin embargo, tú lo has dicho: se casa todo el mundo, pueda o no pueda casarse... Nadie ni siquiera piensa en estas cosas. ¿Entonces, por qué tengo que ser yo la única víctima de la moral? ¡Oh, es muy cómodo predicar para los otros!

CARR.—Carlucho, eres injusto conmigo.

CARL.—Perdóname: ya ni sé lo que pienso ni lo que digo. (*Flexiona un momento con la frente entre las manos.*) Sí... sí, estoy resuelto. Quiero terminar esta agonía cuanto antes. Ahora mismo, si es posible. Más tarde, lejos de tí, acaso me faltara el valor. Voy a confesarle todo a María Elena... ¡Pobre pibita!... ¡Qué golpe!... Ella que vive con el corazón lleno de esperanzas... ¡Qué broma, qué broma pesada me está resultando la vida!

CARR.—Vas a confesarle todo, me dices... ¿Y después?

CARL.—Después, tranquila la conciencia, me iré, como un anacoreta, camino de la montaña.

CARR.—(*Dándole la mano.*) Muy bien hecho. Esa actitud te levanta. Ten ánimo, Carlucho, hasta el final. En estos tranques es donde se muestra la varonía. Yo te acompañaré por la montaña. Ya sabes que el comercio de los hombres me

asquea. Voy a llamarte a María Elena. Entre tanto, yo estaré con don Ramón. ¡Arriba ese espíritu! ¡Verás, después de la crisis, qué sosiego en el alma! El trance es amargo, pero no te importe. Las cosas amargas tonifican y el dolor moral, que es la suprema amargura, nos vuelve superiores. (*Abrazándolo.*) Hasta luego.

Carmelo M. Bonet.
